

Autosemblanza. Fernando de León González

Un momento decisivo en mi formación académica fue la etapa en el Colegio de Postgraduados en el período 1977-1979 marcada por la presencia de los profesores más respetados en las ciencias agrícolas en México, cubriendo campos de fisiología, anatomía y bioquímica de vegetales. De manera informal recibí una influencia de Hernández X y de los estudiantes inscritos en su curso de etnobotánica. La atmósfera de ese tiempo giraba alrededor de la voluntad por conocer y descubrir los cultivos que distinguen la tradición agrícola que se remonta a la cultura de los pueblos originarios de México. El Colegio de Postgraduados fue para mí fue una gran ventana donde pude asomarme al vasto campo del conocimiento. En 1979 llegó la invitación para sumarme a la planta docente de Agronomía en la Unidad Xochimilco. De la voluntad por medir entré a un ambiente de colegas profesores interesados en hacer girar la enseñanza en torno de los problemas de la sociedad y de las profesiones. La labor docente la cambié temporalmente en 1987 por un programa de becas para ingenieros en Francia. Esa experiencia se alargó casi por cinco años y fue tan enriquecedora como mi paso por el Colegio de Postgraduados. Sin saber que así sería, me vi de pronto dentro de un grupo de agrónomos que replanteaban, a la luz de la realidad y de la epistemología, la forma de aprender y de investigar en ese campo. Hice esfuerzos por comprender lo que ahí sucedía. Este grupo heredado por Michel Sebillotte sigue teniendo una influencia mayor en el INRA de Francia en materia de investigación agronómica.

Se me asignó como problema de tesis simular las condiciones bajo las cuales se forman terrones y bloques de suelo de máxima compactación. Para ello se me propuso ir al laboratorio de física de suelos en Avignon, pensando que se trataría de un estancia de medio año. Permanecí más de tres años en ese laboratorio de tal forma que la tesis de agronomía se convirtió en una tesis de ciencia del suelo. Como todo tesista de doctorado, pasé las dificultades y dudas que asaltan por momentos. No hubiera llegado a puerto nada sin la ayuda de Jérôme Guérif y Pierre Stengel.

Ya de regreso en 1991 busqué insertarme en la comunidad de científicos y tecnólogos del suelo en México. Los primeros logros en investigación, digamos originales, llegaron un poco tarde (2000). He tenido el privilegio de seguir trabajando en ese campo al lado de colegas de los que siempre aprendo (Jorge Etchevers, Carmen Gutiérrez, por ejemplo).

Después de dedicar ocho años a la administración universitaria, en 2014 regresé a las tareas de docencia e investigación. Son muchos los colegas de la UAM y de otras instituciones que han sido generosos brindándome consejos y apoyo. Menciono a título de muestra a Rafael Calderón, Ana María Rosales y Guadalupe Prado, de Xochimilco, y a Óscar Monroy en Iztapalapa. Alfonso Larqué, quien dirigió mi tesis de maestría, desde la distancia siempre ha estado presente para echarme la mano. Les agradezco a todos ellos su amistad y confianza.